

# Ajustarle las cuentas al derroche

PASTOR BATISTA VALDÉS

ES LOABLE que en todos —y en todas partes— se hable de ahorrar o de usar lo estrictamente necesario. Pero tan importante como esa aspiración es lograr que nadie, ninguna empresa, entidad u organismo derroche.

Por eso, más allá de la morosidad, lentitud o indiferencia que todavía marcan a algunos directivos y entidades, es indudable que solo con proponernos acciones concretas para evitar el derroche, sumarían millones de pesos que beneficiarían en este minuto al país.

Numerosos ejemplos confirman cuán provechoso es para una empresa u organismo (y por supuesto, para el país) lograr la producción o el servicio planificados, con menor empleo de recursos y sin llagas para la calidad del producto o del resultado final.

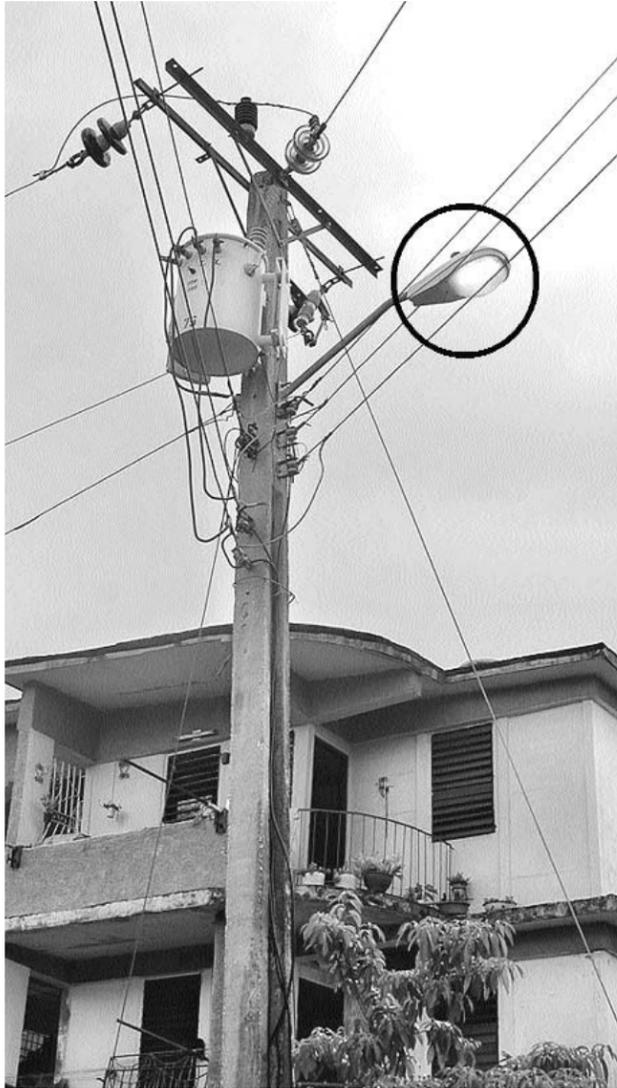
Acude a mi memoria, por ejemplo, la capacidad que ha desplegado la provincia de Las Tunas durante el presente año, para realizar mes por mes sus actividades fundamentales sin exceder el plan de consumo energético asignado por el país, e incluso para evitarle a la nación el gasto de casi un millón de dólares por ese concepto. En casos así, puede hablarse de ahorro.

Observaciones de lectores y de colegas, en cambio, centran pupila en algo que tal vez no ha acaparado en igual medida la atención a la hora de concebir y ejecutar los planes, o durante reuniones, asambleas y otros espacios donde se “cocina” el modo de obrar con la mayor eficiencia posible... y es el fenómeno del derroche.

Poco se avanza si por una parte hay quienes se ciñen el cinto para “ahorrar” y por otro lado mantienen su inalterable paso los que derrochan. No hay que ser genio para saber que al echar cuentas, el saldo de esa incongruencia lacera la economía.

Muchos lectores consideran que el derroche va más allá de los grandes volúmenes de agua que se fuga por pérdidas en conducción, salideros en distintas redes o escapes domiciliarios, que pudiendo ser atajados siguen sumidos en un bostezo de espera, por la inercia de entidades estatales y de núcleos familiares incapaces de mover un dedo para cambiar una simple zapatilla o para sustituir un segmento de tubería.

Según estimados, por diversos motivos en una ciudad como esta se pierde el 58 % del líquido que



Las luminarias encendidas a toda hora le “arrancan” millones a la economía. FOTO DEL AUTOR

se bombea, derrochándose —de hecho— sumas incalculables de dinero y de recursos que intervienen en la cloración, tratamiento integral, empleo de energía, pago de salarios...

Derroche, para seguir coincidiendo con amigos lectores, es también lo que signa a las luminarias “prendidas” a toda hora (incluso del día) en calles y avenidas o dentro del hogar, arrancándole millo-

nes al mismo bolsillo de la economía que solemos pedirle más —y hasta criticar de modo superficial— cuando sobre la mesa no humea el plato preferido o cuando se prolonga la espera de aquel transporte que, dicho sea de paso, tampoco escapa a ciertas formas de derroche en el uso del combustible, piezas, agregados y otros insumos, no siempre bajo el adecuado control.

Pero hay “modalidades” que quizás no llamen tanto la atención, aun cuando están ahí, al alcance de la mirada.

¿Cómo se define el fenómeno mediante el cual una inversión mal planificada se eterniza inconclusa, o un mismo bache es reparado ahora y luego requiere igual o mayor cantidad de recursos, por la pésima calidad con que se realizan las labores una vez, y otra, y muchas veces más?

Lugares “emblemáticos” hay en esta ciudad. Y no son pocos. Algo muy parecido ocurre en todo el país con la pálida calidad de obras que son reportadas como “concluidas” y a la vuelta de un corto tiempo demandan reparación o arreglos, con el consiguiente e innecesario gasto (derroche por partida doble) de nuevos fondos.

Lo que no siempre se “derrocha” en casos así —y bien valdría la pena empezar a hacerlo ya— es suficiente exigencia para pedirle y cobrarle cuentas a quien permite, propicia o autoriza el despilfarro de cuantiosas sumas que desangran al Estado.

Lo mismo sucede con quienes reciben pienso, fertilizante y otros insumos para producir determinado alimento y usan indebidamente esos recursos, o con quienes mantienen el impropio vicio de pagar salario sin respaldo material: deformación que hasta la fecha remonta los 2 600 000 pesos aquí. ¿Y en el país?

El llamado —totalmente necesario— a un cambio en la mentalidad y en el modo de actuar, no puede terminar siendo un hueco de frases huevas. Quienes han dado los primeros pasos en firme saben que se derrocha bastante en detrimento de la economía nacional, tanto en la esfera estatal como a ras de hogar.

Desde hace algún tiempo, hospitales como el Ernesto Guevara cubren iguales servicios —e incluso más— con menos consumo de torundas, gasas, algodón, material de rayos X, medicamentos, recetas, exámenes... Entonces: ¿Se despilfarraba o no “antes de”? Y lo más importante: ¿Se puede impedir todavía más el malgasto o no?

## Burocratismo, ¿hasta cuándo?

O. FONTICOPA GENER

El burocratismo en Cuba no es un concepto nacido con la Revolución o el socialismo, sino un fenómeno que debió morir con ellos.

Normalmente es asociado a trámites aletargados, papeleo innecesario, “reunionismo” o atascos legales. Sin embargo, estas son definiciones en extremo simplistas sobre la naturaleza del fenómeno y sus características.

El origen del término burocracia proviene de los conceptos del filósofo alemán Marx Weber, que la concibe como un tipo de poder ejercido por el Estado a través de su clase dominante y que funciona a partir de fundamentos racionales.

A simple vista, esta parece una teoría práctica e, incluso, progresista. A fin de cuentas, se trata de simplificar y agili-

zar los procesos. Más, en tal “virtud” radica su falla: de la especialización, por ejemplo, se pasa al exceso de formalismo y a la incapacidad de decisión; y de la planificación, a la rutina y a la resistencia al cambio.

El cubano ha hecho de la dilación una rutina tan liada a su realidad que no le asusta ya su presencia, sino que le sorprende su vacío. El burocratismo se ha extendido a todo tipo de relaciones e, incluso, se ha burocratizado a sí mismo; se ha convertido, no en un modo de manejo administrativo, sino en un modo de vida. Pero esta no es la peor de sus consecuencias. El más temido de sus agravios es la capacidad de reproducirse.

Entonces, ¿puede el burocratismo auto-regenerarse, mutar hacia alguna

forma de ordenamiento superior? O de lo contrario, ¿podrá auto-corrigerse? La respuesta es en sí otra interrogante.

Cuba vive actualmente un proceso de reajuste de su modelo económico que implica, además, el reacomodo de la complejidad de estructuras, prácticas sociales y modos de pensamiento que le acompañan.

La validez y efectividad de este proceso depende, no solo de las decisiones que sean tomadas en aras de reajustar las políticas o normas del país en este sentido, sino también de la capacidad social para erradicar viejos vicios que atentan contra el mejoramiento de nuestro sistema socialista.

El burocratismo no es una cuestión que, por irresuelta, deba suponerse irremediable. Así como tampoco debe

ser asunto debatido, plasmado en actas y luego archivado; o lo que es lo mismo, no debe ser pasto del burocratismo que pretende destruir. Se trata de hacer, de ocuparse; de eliminar paternalismos, autocompadecimientos y capacitaciones de incapacidad.

No debe exponerse la Revolución al enajenante burocratismo, con sus trabas, su inmovilidad y falta de lucidez. Se debe no solo recontextualizar los conceptos de manejo administrativo o flexibilizar las estructuras económico-estatales, como ya se está haciendo en el país, sino también redimensionar individual y colectivamente los modelos de gestión humana y desterrar, para siempre, cualquier deformación que ponga en riesgo el perfeccionamiento del sistema socialista nacional.